

# Antonio Cisneros en su vejeñtud

**Harry Belevan**

Universidad Nacional Mayor de San Marcos

hbelevan@unmsm.edu.pe

Lima - Perú



*El 6 de octubre del 2022 se cumplieron diez años del fallecimiento de Antonio Cisneros, considerado por sus lectores y la crítica especializada unos de los más talentosos poetas peruanos del segundo cincuenteno del siglo XX, así como un referente de la lírica hispanoamericana de ese periodo. Con esta reseña del escritor Harry Belevan, miembro de número del Instituto Ricardo Palma y Profesor Honorario de la universidad, se rinde homenaje al poeta en la primera década de su desaparición.*

En el año 2011 en que me desempeñaba como Rector de la Academia Diplomática Javier Pérez de Cuéllar tuve el honor de proponer, por iniciativa del canciller José Antonio García Belaunde, el nombre de nuestro común amigo Antonio Cisneros como candidato a un premio nacional de importancia cultural y pecuniaria. Una de las condiciones del *Premio Southern-Perú, Medalla*

*José de la Riva-Agüero y Osma 2011 a la Creatividad Humana*, era que las postulaciones las presentara una entidad educativa, cultural o académica reconocida.

Cumplí gustoso con el encargo por tres razones, siendo la última la más importante. El primer motivo fue porque el mismo Toño codiciaba justificadamente aquel reconocimiento, y así nos lo hizo saber claramente a Joselo y a mí, que compartíamos plenamente su legítima aspiración. El segundo, porque sabíamos bien sus amigos que Toño estaba en las postrimerías de una enfermedad terminal que, en efecto, se lo llevó once meses después de haber recibido tan merecidamente su último galardón nacional. Pero la razón más importante es que acepté por convicción el encargo del entonces canciller, pues siempre creí que Antonio Cisneros fue uno de los dos o tres poetas más talentosos



de mi generación, juicio que García Belaunde también compartía y no sólo por esa estrecha amistad que los unía.

Fue acaso por todo esto que mi amigo el exrector de la Universidad Católica, Salomón Lerner, que presidía el jurado, me solicitó que fuese yo quien presentara al ganador del premio tan justamente conferido a Antonio Cisneros. Confieso que tuve sentimientos encontrados frente a semejante encargo: por un lado, la satisfacción de saber que se iba a honrar un nombre prominente de la literatura peruana contemporánea y de otro, porque sentí cierto resquemor en tener que presentar a un poeta, yo que nunca fui un asiduo lector de poesía porque –y lo confieso con alguna incomodidad– abrigué de siempre un cierto complejo combinado con una soterrada envidia de aquellos que, como los poetas, pueden hacer magia con la contención del lenguaje, mientras que los narradores debemos resignarnos a un perenne decurso de las palabras. Pero pronto se disiparon mis dudas porque pensé en esa amistad con Toño, construida a lo largo de más de tres décadas y, sobre todo, en la oportunidad que se me ofrecía de poder manifestar públicamente mi admiración por su obra.

Por circunstancias familiares, nunca tuve la fortuna de poder trabar amistades escolares en mi propio país, pues me fui del Perú a los pocos meses de haber nacido en Lima para sólo regresar convertido en un joven adulto. Por eso mismo, mis relaciones en mi propio país nacieron a partir de aquellos primeros años universitarios, cuando regresé finalmente a vivir al Perú; (me consuelo sin embargo intuyendo que estas han sido amistades quizá más sólidas que las de mi niñez y adolescencia, pues se fraguaron a pasos y peldaños y de seguro por afinidades y analogías, antes que por la rutina de la inercia del barrio o el liceo, como fue lo que sucedió con Toño).

Fue en la universidad cuando conocí a Toño a mediados de los años setenta, pero no en alguna peruana sino allá en Budapest, cuando él ya era todo un poeta de jóvenes años pero de trayectoria asentada, además de profesor visitante en la Universidad Eötvös Loránd, mientras que yo era un escritor desconocido que llegaba a Hungría invitado por aquella universidad para presentar mi segundo libro recién publicado en Barcelona. A pesar de su innata irreverencia, que yo compartía íntegramente, combinada con un espíritu querendón, del que yo carezco totalmente, grande fue –lo recuerdo bien– la sorpresa de Toño o quizá su desconcierto, cuando con mi joven esposa le presentamos a nuestro pequeño hijo... durmiendo apaciblemente allí debajo



Antonio Cisneros, considerado por sus lectores y la crítica especializada uno de los más talentosos poetas peruanos del segundo cincuenteno del siglo XX.

<https://www.omni-bus.com/n49/sites.google.com/site/omnibusrevistainterculturaln49/antologia-35-grandes-autores-siglo-xx/antonio-cisneros.html>

de la mesa del restorán en donde nos habíamos dado cita. Pero es que era tardísimo y Diego Rodrigo, de 5 años, no había aguantado más las varias horas de espera que soportamos, hasta que apareció finalmente Toño con el más limeño despejo imaginable ante su tardanza, estampado en un rostro iluminado por esa sonrisa cariñosa que siempre fue la suya. Aquel era aún el Cisneros informal y desinhibido producto del aprendizaje londinense del arte del desenfado, aunque ya era también el riguroso creador para quien la bohemia iba, poco a poco, decantándose de su labor creativa. No quiero decir que no siguiera siendo el mismo Toño juvenil y gallardo de siempre sino que, paulatinamente, desde *David*, cuaderno de un muchacho de apenas diecinueve años y *Destierro*, publicado el año siguiente, al último de sus libros intitulado *Un crucero a las islas Galápagos*, Cisneros fue trabajando la palabra con esa escrupulosa dedicación de orfebre o, más bien, del alfarero de metódico oficio.



En familia

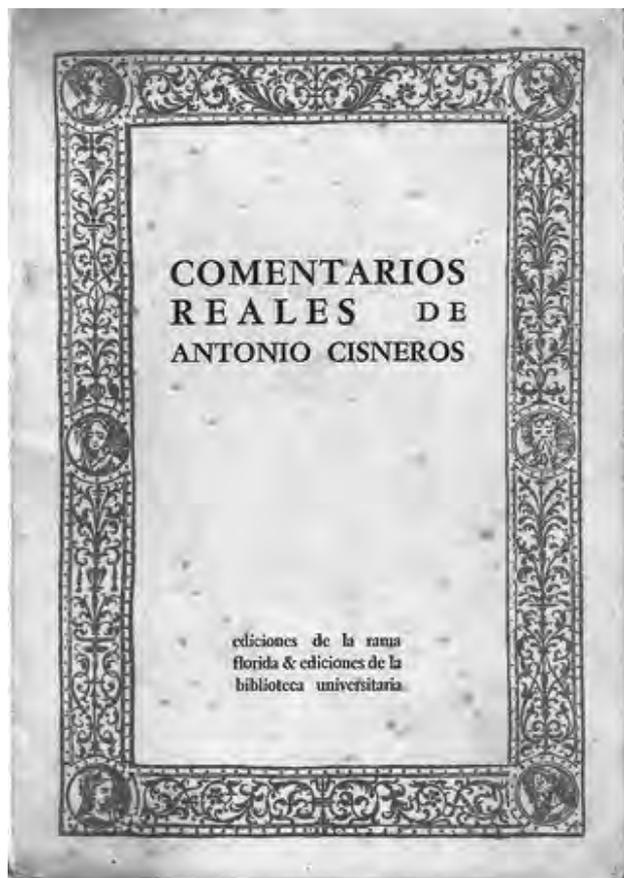
<https://www.ccincagarcilaso.gob.pe/la-palabra-escrita/antonio-cisneros/>

No era esa ceremonia de premiación, ni el momento ni la circunstancia adecuados para intentar una aproximación analítica a la obra de este gran poeta — porque de *Obra*, y con mayúscula, ya se podía hablar. Recordemos nomás que los *Comentarios reales de Antonio Cisneros*, de 1964, libro “laborioso y bien burlón” al decir de su autor, con reminiscencias del Romancero español, marca, por así decirlo, el inicio de una posición contestataria frente a la vida, lo que Cisneros nunca abandonaría sin que ello le significara desviarse de las formas diríase clásicas que mostró en rimas y sonetos, aunque el verso libre fue siempre la constante en sus poemas. “La poesía de Antonio Cisneros —observó en su momento Julio Ortega— nos pertenece de un modo idiomático y latinoamericano tanto como de un modo generacional y hasta biográfico. Esta es una poesía que ha crecido con nosotros y tiene nuestra edad; esto es, en ella nos leemos a nosotros mismos, y lleva por eso la convicción de la actualidad”.

Por imprudente que resultaría acometer un análisis crítico de la obra de Cisneros en una apretada síntesis de su trayectoria, debe sin embargo observarse tres rasgos esenciales en su poesía. Un primero es esa cierta religiosidad, por llamarla de alguna forma, que se encuentra de antaño, pero que va marcando progresivamente, como insospechada, su poética; es una fe practicante, similar a la devoción que profesa por la inspiración como esencial impulso creador. Un segundo aspecto que resulta, acaso, de un reflejo inexorable del tiempo y destiempo en el que transcurre la vida misma, es el sentimiento de una vejez que, si bien es ilusoria, en Cisneros se traduce en una suerte de remembranza de algo simultáneamente ya habido y todavía por venir, es decir la vejez, ese tránsito difuso que el poeta acechaba a diario, agazapado entre la maleza de las palabras, para ser el primero en verla

llegar cuando doblara la esquina, cruzara la calle y viniera a su encuentro. El tercer elemento fue su natural irreverencia.

Para el primer rasgo habría que remitirse al propio autor. Cisneros había dicho alguna vez que **“desde muy niño tuve una personalidad religiosa [...] El Señor ha estado en mi obra para gloria o como objeto de blasfemia y sacrilegio [...] He retomado de manera consciente mi pertenencia y mi vinculación con el mundo cristiano”**. Esta creencia devota se superponía a la intensa fe —que es experiencia religiosa por excelencia— que profesaba Toño por la inspiración como fuente principal de su obra. Efectivamente, alguna vez le preguntaron cómo nacían sus libros y él respondió sin titubear: **“Me llegaba la inspiración a chorros, me sentía un inspirado de los dioses... recibía un dictado divino”**. Y en una de sus últimas entrevistas ratificó que la gestación de su poesía **“tiene mucho que ver con la inspiración”**. (Qué difícil me resultó siempre entender todo esto, pues siempre consideré la inspiración como un escondrijo para los holgazanes que invocan a las musas como divinas sustitutas del arduo esfuerzo terrenal de escribir; pero la poesía de Cisneros fue prueba y refutación de que no hay embaucos en la inspiración). En cuanto a la acechancia de la vejez, habría que recurrir nuevamente al propio autor: **“Con los años —dijo Cisneros— uno cambia... vas abandonando la cosa grupal, gremial y partidaria... uno va aislándose más, te vas quedando más solo, los amigos disminuyen, te ves con menos gente... el hombre nace solo y muere solo y uno, en ese medio, va preparándose para la muerte”**. No era ciertamente esa reflexión una búsqueda intencional de la senectud o una conminación a que la parca asomara: una sensibilidad como la de Cisneros jamás hubiese pensado en semejante insensatez. Más bien, se trataba en él de un sereno reconocimiento a que un día la vejez le tocaría la puerta, y que cada edad implica una visión distinta de las cosas y de los amigos y de los seres más queridos y menos queridos y nada más, sin que ello presupusiera atenuar la relevancia de lo que nos rodea. Por eso en tiempos ya cercanos a su muerte, pensé que si el fantasma de la ancianidad oscilaba entre la lánguida nostalgia de un fastuoso Stefan Zweig y la sapiencia desenvuelta de un descuidado Woody Allen, Toño se habría quedado con el genial neoyorquino; pero, como todos bien sabemos, no fue la senectud la que se lo llevó sino una inapelable enfermedad. El tercer y último rasgo que se cuela por toda su obra —y que, como los dos precedentes, es un rasgo ínsito a su poesía, porque en Cisneros obra y autor son indisolubles—, es el de la irreverencia frente a todo y, en primer lugar, ante



Comentarios reales de Antonio Cisneros, 1964, libro “laborioso y bien burlón” al decir de su autor, con reminiscencias del Romancero español.  
<https://www.vallejoandcompany.com/como-un-carbon-prendido-entre-la-niebla-una-entrevista-a-antonio-cisneros-i-m/>

las acartonadas clasificaciones con que aburren los marchitos guardianes de la literatura cuando hacen la necia distinción entre literatura social y literatura estética, cuyos correlatos serían la poesía comprometida o la poesía evasiva. Porque Cisneros nunca resbaló por esa pendiente, y si alguna vez lo hizo fue tan sólo un leve tropiezo de la impulsividad momentánea. En una amena conversación que mantuvimos un par de semanas previas al final, en el Centro Cultural Inca Garcilaso del Ministerio de Relaciones Exteriores del Perú que él administró como su primer director y de lo que se sentía orgulloso, me repitió lo que había declarado poco tiempo antes, en referencia al “gran salto” como lo calificó él mismo, que dio su poesía por causa de ese Londres de los años sesenta en el que Toño tuvo la fortuna de vivir: **“Allí finalmente terminé para**

**siempre con la esquizofrenia entre poesía social y poesía pura”**. Y recuerdo que entonces le leí estos versos sencillos suyos de *Las inmensas preguntas celestes*, que calificué como un poema socialmente comprometido y, sin embargo, tan ajeno a todo recetario ideológico:

*Un perro. Un prado.  
 Un perro negro sobre un gran prado verde.*

*¿Es posible que en un país como éste aún exista un perro negro sobre un gran prado verde?*

*Un perro negro ni grande ni pequeño ni peludo ni manso ni feroz.*

*Un perro negro común y corriente sobre un prado ordinario.  
 Un perro. Un prado.*

*En este país un perro negro sobre un prado verde es cosa de maravilla y de rencor.*

\* \* \*

El hecho de que el premio que recibió Antonio Cisneros en aquel año previo al de su partida, lo hubiesen recibido en años anteriores poetas de la talla de Emilio Adolfo Westphalen y Carlos Germán Belli, no sólo ratificaba su valía literaria sino que demostró que él, al igual que sus insignes antecesores, no requirió ser militante de alguna de esas causas que flotan siempre por allí, sino apenas un poeta a secas, como siempre lo han sido a través de la historia aquellos escritores enormes en cuyas obras todo individuo, la sociedad entera, encuentra no sólo sosiego sino también enseñanzas de vida, sin que por ello sus escritos hayan sido buzones o correas transmisoras de causas vindicativas de cualquier colorido político. No pudo ser de otra forma con Antonio Cisneros a quien me sentía siempre tan próximo cuando decía – cuando le escuché decir alguna vez- : **“Aborrezco los fundamentalismos, la solemnidad, la estupidez”**, y yo le añadí: **“Y también el dogmatismo y la proclama”**.

¡Salud poeta, en tu décimo aniversario de una otra vida, y que en aquella detrás del horizonte donde ahora habitas no olvides jamás, como tú y yo lo supimos de siempre, que la irreverencia es la simiente de la vida terrenal, y de seguro también de la eterna porque siempre hay que festejarla!